

bárbaro que aún existe, que se llama guerra, y que es de todo punto repulsivo y odioso.

¡La estúpida é infame soberbia como nunca acaparada por unos pocos, por los semi-dioses tenaces que están ya fuera de cuadro!.....

CAPITULO XX.

En que se dá cuenta de una catástrofe que vá más allá de lo imaginable.

Todo era sombrío por la situacion en aquel momento.

Se hablaba, pero en los grupos y en voz baja.

Parecia como que algo fatal llenaba con una atmósfera pesada y triste aquel espacio.

Acababan de completar el sombrío efecto, dándole algo de fantástico, los mugidos del viento que se rompía silbando roncamente en las almenas y en los peñascales, haciendo rechinar las vidrieras de colores; el relámpago que de tiempo en tiempo trasparentaba aquellas mismas vidrieras, su vivo, rápido y tembloroso fulgor lívido, el trueno que naciendo allá en las profun-

didades avanzaba retumbante y terrible, y el aguacero que hacia oír sin interrupcion su rumor monótono.

Y el esperado no venia.

De improviso se abrió una puerta ignorada en un lugar del muro, en el ángulo izquierdo á los piés del salon, al frente de la chimenea.

Algunos aldeanos que en aquel lugar estaban fueron arrollados.

Se oyó un rugido de fiera.

Pero Cantueso de la Redondela, que continuaba paseándose, fue arrollado tambien, y de un salto, un sér terrible, Abdel Zinka, puñal en mano, cayó sobre doña Elvira, que en aquel momento estaba anegada en un sueño de amor, dominada por una insoportable y creciente impaciencia.

Dios tuvo misericordia de ella.

Dios no la dejó sentir el horror del crimen de que fué víctima.

Antes de que pudiese apercibirse, la larga y aguda hoja del puñal de Abdel Zinka partió su corazon que latia de amor.

—¡Ah! ¡ah!—rugió Abdel Zinka,—¡tú no puedes impedir ya su felicidad!

Lo que sucedió inmediatamente no hay necesidad de describirlo.

Se concibe.

Todos aquellos hombres que allí estaban y en los que no se conocia ventaja en la bravura, asombrados, irritados, fuera de sí de coraje, cayeron con las espadas desnudas sobre Abdel Zinka.

Entónces sobrevino una lucha magnífica.

Entónces aquel gigante enano, el hombre prodigioso, centuplicó sus fuerzas, arrolló como arrolla el jabalí á los perros que no pueden asirle, hiriendo con una rapidez pasmosa á todos los que le rodeaban, y ganó de nuevo, sin haber recibido lesion alguna, la puerta secreta, y la cerró.

Parecia que habia pasado por allí un demonio.

Doña Elvira yacia por tierra á los piés de su sillón, muerta, sobre un lago de sangre.

Sus doncellas, su dueña, sus esclavas, estaban replegadas en un ángulo, aterradas, trémulas.

El viejo ciego, mudo, manco, se habia puesto de pié y encorvado, temblaba, pero no de miedo, sino de coraje.

El único medio que tenia para percibir, esto es, el oído, se habia hecho en él tan perspicaz, que se habia apercibido de todo.

Se comprendia que dentro de aquel cuerpo

decrépito, alentaba un alma jóven y vigorosa.

Pero le faltaban las fuerzas físicas.

Instántaneamente despues de haberse levantado, cayó de nuevo sobre el sillón, y permaneció contraído, agitado, produciendo un sonido gutural apenas perceptible.

El capellan monje, fuerte en su caridad, habia acudido á la desventura doña Elvira.

Las aldeanas se habian amparado tras sus hombres, y estos á falta de espadas, aparecian puñal en mano.

Hasta los músicos se habian lanzado contra el enemigo comun.

Pero este habia desaparecido con la cerelidad del relámpago, dejando á doña Elvira muerta, y algunos hombres mal heridos.

Tal era la pujanza de su brazo y tal el temple de su puñal, que donde habia dado un golpe habia falseado el acero.

Quedáronse todos confusos, aturridos, sin tener á quién herir, y en aquellos momentos de confusion ni se habia visto por dónde habia entrado aquel demonio, ni tampoco por dónde habia salido.

Solo se habia visto confusamente un sér monstruoso y extraño.

Despues del primer momento de sorpresa, de estupor, hubo algun escudero que dijo:

—Era él, él, el enano negro y jorobado que acompaña á la Mujer Muerta.

Al oir esto Pero Cantueso de la Redondela lanzó una carcajada horrible, una carcajada de loco.

—Ah! ¡La Mujer Muerta!—exclamó.—Ella, ella siempre! ella, mi maldicion! ella, la vengadora de la sangre de los habitantes de Alfagor! Ah! La justicia de Dios me roba mi hija, me la mata, me deja solo en el mundo! Dios, Dios! Yo fuí cruel! aquellos niños, aquellas mujeres, aquellos ancianos! y yo heria en ellos como el segador corta la miés! Ah! Pero eran malditos enemigos de Dios!

Y Pero Cantueso de la Redondela lanzó una carcajada más histérica, más insensata, más aterradora.

Estaba de pié, encogido, contraído, gafo, tembloroso, mirando el ensangrentado cadáver de su hija junto al cual rezaba de rodillas el monje.

Todos estaban inmóviles.

Se habia buscado en vano la puerta por donde debia haber entrado el temible jorobado negro y no se la encontraba.

Muchos habian salido de la cámara, los unos, los aldeanos y sus familias, huyendo; los otros, bravos é incontrastables escuderos del Cid, en persecucion de aquel maldito que no comprendian hubiese podido penetrar allí sino por la gran puerta de entrada.

Los músicos y los juglares se habian eliminado tambien y vagaban por el castillo buscando la poterna para escapar á pesar de la hora y de lo bravío de la tempestad.

El movimiento se habia comunicado á la guarda, y todo era tumulto.

En vano se buscaba.

No se encontraba al asesino.

Tal vez se habia desprendido por los adarves.

Tal vez habia penetrado en el castillo trepando como un reptil por el muro.

Tal vez habia sido, tal vez era, una terrible alma del otro mundo.

La supersticion dá en aberraciones, y entónces se decia que las almas del otro mundo podian tener y tenian la accion corpórea.

Así, pues, se buscaba, como si hubiera sido corpórea, al alma en pena que aquel horrible asesinato habia cometido.

Pero se la buscaba en vano.

CAPITULO XXI.

¡Tarde! ¡tarde!

Habian quedado en la cámara de honor Pero Cantueso de la Redondela, contraido, crispado, tembloroso, loco, lanzando interminentes carcajadas, pronunciando palabras incoherentes, mirando con la expresion de una horrible insensatez el cadáver de su hija; el monje arrodillado junto á él, el anciano ciego, cojo, mudo, manco, dominado aún por su terrible estremecimiento y una docena de escuderos con las espadas desnudas, y trémulos y pálidos de ira.

Y parecia como que tomando parte en aquella situacion, la tormenta acrecia en intensidad.

Se repetían con un fragor inaudito los truenos.

Brillaban con más fuerza y con más frecuencia los relámpagos en las vidrieras.

Rugía el viento produciendo ruidos extraños, vibrantes, metálicos, remedando todos los rugidos, todos los gemidos, todos los ruidos imaginables.

Parecía que un universo invisible pasaba rodando por encima del castillo.

Los espiritistas creen que una manga de viento no es otra cosa que una legion de espíritus que pasan y que más ó menos malévolos, más ó menos malditos, más ó menos dañan, más ó menos aterran.

Está escrito que el hombre ha de ser siempre supersticioso.

En aquel momento solemne, aterrador, terrible, se abrió de nuevo la puerta secreta, y apareció una forma blanca que avanzó rápidamente.

Era Giazul.

Trás ella venía espada en mano, también rápido y demudado D. Pero Nuñez de Lara.

Apartó Giazul con ámbas manos dos escuderos que la impedían el llegar hasta el lugar donde yacía por tierra doña Elvira, y entónces se reparó en Giazul.

El terror los dominó á todos.

Aquellos leones que se lanzaban desconociendo la muerte, serenos é incontrastables en el horno de la pelea, se aterraron.

—La Mujer Muerta!—exclamó uno de ellos.

—¡La Mujer Muerta!—dijo con una voz desentonada, chillona, horrible, Pero Cantueso de la Redondela.

Y vió á Giazul, tendió hácia ella los brazos, lanzó una carcajada más horrible que las anteriores, y cayó de espaldas como una encina cortada por el pié, ó como cae un cuerpo muerto, valiéndonos de una expresion del Dante.

Los escuderos habian huido.

El anciano estropeado que se habia puesto de pié y estaba encorvado, apoyado con sus muñones en los brazos del sillón, temblaba y escuchaba con toda su alma.

El monje habia acudido á Pero Cantueso de la Redondela, y le habia encontrado muerto.

La Justicia de Dios se habia cumplido.

La congestion cerebral causada por el espanto, le habia matado.

D. Pero Nuñez, aniquilado, anulado, inmóvil, miraba con una expresion extraviada, suprema, el terrible cuadro que tenia ante los ojos.

—Tarde, tarde!—exclamó con desesperacion

Giazul;—ese desesperado Abdel Zinka, ese maldito! Oh, Dios mio, Dios mio! Yo soy inocente!
Y cayó de rodillas.

Y se inclinó sobre doña Elvira, y la besó llorando como hubiera besado á una hermana querida, cuya pérdida la hubiese desgarrado de dolor el alma.

El monje se alzó y alzó á Giazul.

—¿Quién sois?—la preguntó.—No, vos no sois un alma en pena; vos sois una criatura viviente, ¿qué haceis aquí?

—Sufrir!—exclamó Giazul,—sufrir y resignarme humildemente á la terrible voluntad de Dios! He llegado tarde, muy tarde. Oh, Dios mio!

D. Sancho Gutierrez de Tordesillas aparecia mucho más agitado.

Volvia su cabeza, abatida bajo el peso de los años y de la desgracia hácia Giazul.

El sonido inarticulado, débil, gutural, que salia de su boca, era ya un gemido.

Aquel gemido buscaba á Giazul.

Giazul le sintió.

—Oh, padre! padre mio!—dijo abalanzándose á él.

Entonces el anciano lanzó un grito inarticulado.

—Oh! qué no os acontezca una desgracia,—exclamó Giazul,—valor, padre mio, valor!

El anciano se desplomó de los brazos de su hija.

El hervor de su pecho producía un rumor semejante al de una corriente.

Tal vez eran las lágrimas que corrian dentro de su ser, porque no podian salir por sus ojos secos.

—¿Es vuestro padre D. Sancho Gutierrez de Tordesillas?—exclamó el monje,—que aparecia triste, conmovido, pero fuerte con la fortaleza de la fé y de la resignacion á la voluntad de Dios.

—Sí, mi padre, mi padre,—contestó Giazul,—vos me oireis en confesion, señor, vos lo sabreis todo; vos sabreis hasta qué punto puede ser sujeta á la prueba, por Dios una criatura.

—Dios os perdone si sois criminal,—exclamó el monje.

Y volviéndose á D. Pero Nuñez, que aún no se habia repuesto, exclamó:

—Vos, ¿qué haceis aquí, D. Pero Nuñez de Lara?

Giazul se anticipó.

—Vos lo sabreis todo, señor,—dijo,—entre tanto, que se nos conduzca presos á la córte de vuestro rey, que se nos oiga en justicia.

El es inocente, señor, y yo lo soy también.

—Que la justicia de los hombres represente para con vosotros la justicia de Dios,—dijo el monje.

Y avanzó á la puerta, y llamó, pero no le respondió nadie.

Nadie podía responderle.

Al correr la noticia de que en la cámara de honor del castillo, estaba la Mujer Muerta, todos los que el castillo habitaban, se habían lanzado despavoridos fuera de él.

No habían quedado más que dos cadáveres, y las personas que se encontraban en la cámara de honor.

—Nosotros nos entregamos á prision,—dijo D. Pero Nuñez,—y á Dios pluguiese que á costa de nuestra vida pudiésemos reparar las desgracias que han sobrevenido.

CAPITULO XXII.

El monje.

El monje se llevó consigo á Giazul, á su padre, á D. Pero Nuñez!

Encerró á los dos primeros en una habitación inmediata y en otra inmediata también á D. Pero Nuñez.

Luego, con una antorcha en la mano recorrió inútilmente el castillo.

No encontró á nadie, y á pesar de la tempestad, salió para dirigirse á la villa en busca de gente.

La antorcha no había podido resistir á la lluvia.

Se había apagado.

El esplendor del relámpago que de tiempo en tiempo brillaba era la única luz que servía al monje para reconocer el lugar donde se encontraba el escarpado sendero.

Había recorrido ya casi la mitad del descenso.

Pero acreció de tal manera el viento, que hubo de ampararse de una concavidad de las peñas.

Y bien, aquella concavidad estaba en el pequeño resalte donde se había el brocal del pozo.

La tormenta acrecía.

El monje oraba.

De improviso, á la luz de un relámpago, vió delante de sí un grupo informe, un grupo monstruoso.

Era Abdel.

Debajo del brazo, cogido por la cintura, llevaba el cadáver de doña Elvira.

Sobre el hombro derecho el cadáver de Pero Cantueso de la Redondela.

Se necesitaba para soportar aquella doble carga unas fuerzas portentosas, las fuerzas de Abdel.

Por rápida que fuese la luz del relámpago, duró lo bastante para que el monje viese que

aquel terrible sér contrahecho arrojaba uno tras otro al pozo los dos cadáveres de que iba cargado, hundiéndose detrás de ellos.

El monje tembló.

Toda su fé, toda su fortaleza en Dios, no fueron bastante para defenderle del espanto que hizo permaneciese allí doblegado, transido de terror, orando, guarecido de la tempestad en la concavidad de la peña, y como si al concluir aquel siniestro drama hubiese estado escrito concluyese la tempestad, fué amenguándose su furor.

Pasaron las nubes lentamente.

Se despejó el cielo.

Brillaron las estrellas.

Allá al oriente dejaba ver el alba su primera luz lánguida.

El monje se alzó y siguió con paso lento su camino hácia la villa.

Llegó á ella á punto que se abrían sus puertas.

Era de día claro.

Pero en la villa habían penetrado ya los fugitivos del castillo.

El terror había cundido.

Nadie se prestó á ir al castillo maldito.

El monje hubo de volverse solo.

Sacó de su encierro á D. Pero Nuñez, á Giazul, y á su padre.

Durante el tiempo que habia trascurrido, hasta que volvió el monje, Giazul habia hecho á su padre una revelacion completa.

—Si teneis conciencia,—le dijo el monje,—id á que os oiga la justicia del rey.

—Acompañadnos vos,—contestó D. Pero Nuñez.

Este y el monje prepararon la litera que en el castillo habia, y en que habia sido conducida á él la desventurada doña Elvira.

En esta litera entraron Giazul y su padre.

Don Pero Nuñez cabalgó en uno de los caballos que habia, y soltó á los otros para que pudiesen pacer por la montaña hasta que los recogiesen.

Montó el monje en una mula y emprendieron su viaje hácia Toledo.

El castillo quedó abierto y abandonado.

CAPITULO XXIII.

Hasta dónde llegaba la virtud de Giazul.

Presentóse con Giazul, con el padre de esta, y con el monje, á los reyes D. Pero Nuñez.

Acudió el Cid.

Cuando se tuvo noticia de la catástrofe se llamó á los alcaides del rey que acompañaban la córte.

Los cuatro que se habian presentado, incluso el anciano D. Sancho Gutierrez de Tordesillas fueron presos.

El buen Rodrigo Diaz de Vivar, á pesar de que para él no habia en el mundo otra mujer que su doña Jimena, dijo para sí al ver á Giazul.

—Pues ya no me parecen tan extrañas las